Cuando se mitigó la efusión y se disipó la repentina embriaguez, Ana y Alfonso sintieron una punzada en el espíritu; quedaban en pie dos cosas muy graves: el escándalo y su consecuencia, el duelo.

Alfonso comprendía ya la verdad de los hechos, y reconstruía la comedia representada en la infausta tertulia. Deliberadamente, Ramiro le había marcado con sello profundo de ridiculez y vergüenza. El ademán, bien calculado para que pareciese lo que no era ni podía ser, bastaba: indeleble sobre el hombro casto de su esposa permanecía la mancha oscura. Cien traiciones secretas de Ana no le deshonrarían, y le deshonraba el inocentísimo natural movimiento de la señora al volverse risueña hacia Ramiro Dávalos, cuando éste simulaba una familiaridad inconcebible. Lo habían visto; y nadie impediría que, visto, lo contasen, y que, contado, recayese siempre como lluvia de cieno sobre la frente de los dos.

Pasando del salón al tocador, mientras Ana se quitaba sus galas y sus joyas, y las dejaba con tedio sobre el diván circular, y se ponía aprisa una bata de lana blanca, floja, los esposos trocaban palabras de zozobra y pena, referentes al conflicto.

— No es posible coger persona por persona á los tertulianos y enterarlas de lo que hay.

-No, y aunque les enterásemos, no lo creerían, ó harían como si no lo creyesen.

—¡En lo que estriba la buena fama de una mujer! ¿Sabes tú, Fonsin, que es cosa que da que pensar mucho? Parece una invención sutil para fastidiar al género humano eso de la fama... ¡Fama! Las cosas ciertas, realísimas, tal cual son, sólo el de arriba las sabe.

—Hija, sí, pero en el mundo vivimos, y á sus usos ó sus preocupaciones ó sus tontunas tenemos á veces que allanarnos...

—No digo que no, y con todo... en el caso presente...

Abrochándose los últimos botones de la bata, con los brazos desnudos en las perdidas mangas orladas de espumoso encaje, los pies todavía presos en el elegante zapatito gris, Ana se sentó al lado de Alfonso, le puso ambas manos en el hombro, y resueltamente le preguntó:

—¿Qué has tenido tú con Ramiro? Quiero saberlo. Es de rigor que me lo digas.

¡Ay, Nitis! Déjame en paz... Una historia vieja. Le agravié...

—¿A él mismo?...

-Es igual... A... otra persona... á quien él

tenía obligación de defender: para que veas, eso lo reconozco.

—¿A otra persona? Ramiro es soltero, huérfano de madre... ¿A cual de las hermanas?...

—¿Qué más da? Yo no debo contarte estas

cosas, nena rica...

—¿Que no debes contármelas á mí? Pues se las contarás al Gran Turco... No estamos para bromas: en resumen, tú ofendiste á Ramiro en su hermana... ¿Y él, qué hizo? ¿Te desafió?...

Alfonso volvió la cabeza por no arrostrar los ojos leales de Ana. Sintió que aquellos ojos le

miraban desde muy alto.

- No me desafió... al contrario... dijo que esperaría, que aplazaba la satisfacción. ¿Qué te parece de eso?

Ana meditó un poco.

—Me parece tan bien... que por eso solo formo el concepto de que Ramiro Dávalos no es ningún monigote. No quiso que fuese su hermana, sino tu mujer, la que anduviese en lenguas de la gente. Y lo ha conseguido de plano. La jugada es segurísima, Fonso mío; es redonda. —¡La jugada es de un canallal—exclamó la

Cueva levantándose violentamente.

—¡No por cierto! —replicó la señora con mayor energía. —Hay casos de guerra en que todo es lícito. ¡Caramba! Ya que la sociedad nos ha colocado á las pobres mujeres en tan difícil situación, á los que tenéis encargo de mirar por nosotras no os basta el valor, sino que necesitais la astucia; tenéis que ser algo así... como generales que sostienen una plaza contra enemigos sin número. Los pecados los castiga Dios, pero el mundo voy viendo que sólo castiga las imprevisiones y las torpezas. ¡Dígalo el caso presente! Yo que nada malo hice, pago las ajenas culpas, y vé tú á convencer al público de que...

—Ni intentarse debe—pronunció sombríamente Alfonso, cuya voz volvió á sonar dura y agria.—Sólo un remedio hay para tapar la boca á los murmuradores, que mañana andarán por ahí dando un cuarto al pregonero á cuenta mía y tuya. A bien que no está en Roma el remedio...

—¿Qué remedio es ese? —preguntó Ana—ansiosa, inmutadísima, echando los brazos á su esposo.

—¡Bahl Hija, es bufo que esté hablando contigo de estas cuestiones... Necesito dormir, y tú también. Que descanses.

No tuvo tiempo Ana de detener á su marido: tan rápidamente se zafó, y tan á la carrera desapareció por el pasillo que conducía á su despacho y dormitorio, cerrando con llave. La señora llamó á la puerta, primero muy suave, luego fuerte. Silencio dentro. Ana sintió algo parecido á humillación y recelo de que los criados acudiesen y se enterasen. Agobiada de inquietud y tristeza, volvió á su tocador. Ardían las bujías color de rosa, y un ramo de crisantemos blancos languidecía al borde de la psiquis. Ana se desnudó maquinalmente, y trocó su camisa de vestir por la de dormir, que la doncella había extendido sobre la cama. Ti-

ritaba, y creyendo que era de frío, se deslizó entre las sábanas y se acurrucó bajo el inmenso edredón de seda. Cerró los ojos, y al punto su valeroso espíritu formuló el problema con precisión terrible. El remedio único y soberano á que Alfonso había aludido, ¿cuál podía ser? Que Alfonso matase á Ramiro, ó Ramiro á Alfonso... Si el escándalo de la tertulia era imposible de borrar, la muerte del ofensor ó del ofendido bastaba, según las ideas admitidas en sociedad, para ahogar la risa mofadora y convertir en respeto el desdén... Todo era, en este caso, como en otros muchos, extraño é ilógico, ante el pensador, ante el hombre que raciocina; pero dado que no había de dirimir la cuestión un individuo que pensase rectamente, sino el conjunto de vulgaridades que forman la entidad llamada mundo, había que someterse, como á legislación de país salvaje, á la rutina tradicional... En el fondo de la historia latía algo que reclamaba sangre: la falsa apariencia pública respondía de la realidad secretísima, por nadie sospechada: el absurdo tenía su base, y el más paciente y sagaz de los dos enemigos había ganado la partida, pues, vivo ó muerto, su honor social, gracias á una aberración de ideas, á un cuerpo de doctrinas anticristianas, quedaba incólume.

De todas maneras, lo secundario era el por qué del duelo á muerte; lo de menos, aquella especie de involuntaria admiración que Ana sentía ante la perseverancia y el acerado temple del alma de Ramiro Dávalos. Lo esencial,

que su Alfonso, su marido, su amor, tenía que jugarse la vida, exponer al cañón de una pistola la frente y el pecho, recibir una cuarta de hierro en el corazón tal vez. La idea del peligro se presentó de repente, pavorosa, envuelta en visiones de espanto, que acosaban á Ana por medio de reminiscencias literarias y artísticas, escenas de dramas, tragedias y óperas; veíase, cual otra Valentina de los Hugonotes, corriendo á salvar á Raul; y también un cuadro de pintor contemporáneo, El duelo interrumpido, se destacaba ante sus ojos, ó mejor dicho, dentro de su fantasía: ella misma, Ana, la hija del opulento Monclares, en traje de baile, descotada, corría con zapatos de raso gris por la hierba húmeda, á la hora del amanecer, hacia un claro del bosque: mientras apretaba el paso, oía con horror dos palmadas y luego una detonación, repercutida por el eco... Quería gritar, y en su garganta no se formaba sonido alguno... Apresurábase más, jadeando y sobre la hierba divisaba tendido á un hombre... ¡Qué asombro! No era Alfonso, jera Dávalos! Una gran placa de sangre se extendía, al lado izquierdo, por la chumascada camisa. Y Ana, en vez de regocijarse, lloraba, lloraba lentamente, y sus lágrimas se confundían con la sangre y la borraban, y mientras Dávalos abria los ojos y sonreía y la miraba con adoración, Alfonso recogía cortesmente del suelo un abanico de pluma.

La señora, sudando anhelosa, se enderezó en el lecho.

—¡Vaya una manera de soñar! ¡Y qué ab-

surdos! Serenémonos... Hoy no he de dormir en paz! Yo no quiero que á Alfonso me lo maten. No sé lo que haré, pero he de impedirlo. ¡Señor, Dios mío, alumbra mi razón! A él no le pido que no se bata; en primer lugar, sería quitarle la serenidad que necesita; y en segundo... verdaderamente ¿qué ha de hacer Alfonso? No va á darle al otro excusas, después de la gracia de anoche. Ni el otro las admitiría... ni á mí me gustaría que Alfonso las diese... ¿Qué harás, Ana? Pues tampoco es cosa de ir, como en los dramas, muy rebozada en el velo, á casa del adversario de mi marido... ¡Sólo faltaría! No perdamos la brújula... Hay un recurso; es muy vulgar, muy chabacano, muy tonto... pero surte efecto... á veces... Por desgracia... aquí no lo surtirá; sólo vale para casos en que no tienen ganas de verse frente á frente los duelistas. . Y si Dávalos es vengativo, Alfonso no se ha de quedar atrás en ningún terreno; eso lo sé yo de sobra... Alfonso irá á donde le quieran llevar, é irá de frente; irá hasta el límite. De casta le viene... ¡Un la Cueva!

En medio de su agitación horrible, Ana saboreó cierto pueril orgullo, recordando la hidalga alcurnia de su esposo y enlazando esta idea con otras de dignidad y bizarría. Por las cortinas del gabinete contiguo á la alcoba se filtraba tenue rayito de claridad. La señora saltó de la cama, abrió las ventanas, volvió el grifo de su lavabo, y se lavó á chapuz el rostro y los encendidos ojos; recogióse el pelo sencillamente; se vistió un traje de mañana corto, de paño liso; sacó del armario el Eucologio, el rosario y el gran velo de encaje, y se envolvió en él la cabeza, sin dejarlo pasar de los hombros, recogiéndolo bajo la garganta con un trébol de rubíes. Había calculado que el velo, colocado así, puede bajarse sombreando la cara, y tapar unos párpados cuyo matiz rojizo delata el insomnio

v la aflicción.

Estos preparativos de tocador no se hicieron tan aprisa que los criados no empezasen ya á rebullirse por la casa adelante, y que no se oyesen en el patio interior resonar patadas de los caballos, que el cochero lavaba y almohazaba fuerte, pasos calmosos por el piso bajo y la cocina, y los primeros campanillazos tímidos de los proveedores, que madrugan á fin de no estorbar y dejar entregada su mercancía antes que empiece la faena del aseo de habitaciones y preparativos de almuerzo. La doncella debió de percibir que algo extraño sucedía en el cuarto de la señora: por su parte, el ayuda de cámara acudía al del señor, que ya estaba en pie, con batín, pero bien calzado y muy atusado de pelo. «Estas cartas al señor brigadier Antequera y al señorito Donato Cármenes... Ya estás allá. Que les despierten si duermen,»

Regino salió escapado, no sin pensar para su delantal de listas:

-¡Vaya un humor y un gesto que se trae hoy mi señorito!

Por su parte, la doncella, con el tono de extrañeza de un aya púdica que ve á una miss echar los pies por alto, decía á la esposa de Alfonso:

— ¡Sale tan temprano la señora? ¡No quiere la señora que enganchen?

-Si quisiera lo mandaría-respondió impaciente la dama, mientras llenaba de dinero la bolsita de felpa y gamuza, y tendía la pierna para dejar abotonar las botas de suela doble. Minutos después bajaba la escalera sin ruido, y llegada á la esquina de la calle, observando que ya no podían verla desde las ventanas de su hotel, llamaba á un simón y saltaba dentro, diciendo al soñoliento auriga:

—A casa del señor gobernador de Madrid.

HARO, 1625 MONTERREY, MEXICO "ALFONGO NEYES" BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DNIVERSIDAD DE NUEVO LEGA